



VOL: AÑO 10, NUMERO 28

FECHA: MAYO-AGOSTO 1995

TEMA: ACTORES, CLASES Y MOVIMIENTOS SOCIALES II

TITULO: **El espacio del racismo, de Michel Wieviorka [*]**

AUTOR: *Salvador Maldonado Aranda [**]*

SECCION: Reseñas

TEXTO

Este trabajo es producto de una serie de investigaciones antecedentes como *Le mouvement ouvrier*, escrito junto con Alain Touraine y Francois Dubet, *Sociétés et terrorisme* y algunos otros trabajos como *Les juifs, la pologne et Solidarnosc; Solidarité*, etcétera. Asimismo, es resultado del itinerario intelectual que orilló a Wieviorka a dedicarse durante diez años a la redacción de esta obra considerada como una "sociología de la acción racista" y que se ha ido constituyendo en una referencia clásica sobre el tema de las expresiones raciales. El libro de *El espacio del racismo*, representa una auténtica aportación teórica al estudio de los procesos de desigualdad asociados a los fenómenos de la discriminación, violencia racial e inferiorización, y los de diferenciación asociados a los fenómenos de exclusión social, marginación y segregación racial, que hoy en día hacen más compleja la explicación de las relaciones de clase y de dominación política. Pero justamente estos nuevos fenómenos, que son resultado de las transformaciones históricas y culturales que sufren las sociedades modernas, deben motivar nuestra inquietud por la extensión del racismo hacia todas las esferas de la vida social, y no solamente porque su naturaleza ha cambiado de matriz sociohistórica, en donde el Estado, la burguesía y todos los sectores conservadores constituían el principio de un radicalismo clasista, sino porque el problema del racismo como construcción social imaginaria se está constituyendo en una de las formas de acción más radical y antisocial en el mundo. Por ello, el sentido de la obra de Michel Wieviorka es, de entrada, de una considerable importancia, pues a partir de una crítica positiva desconstruye los distintos paradigmas tanto teóricos como políticos que alimentaron, en un momento dado, la extensión del fenómeno racial en el mundo, y a los que hoy día es fundamental regresar para poder desmembrar su sistema ideológico-político. Pero el estudio, más que identificar y explicar la serie de transformaciones sociales y políticas de las sociedades modernas, cuyas consecuencias han sido las prácticas raciales -vistas a partir de los ejemplos de las experiencias americanas con los negros y del antisemitismo,- es una obra perfilada a la superación de todos los esquematismos y las expresiones en sí mismas plagadas de etnocentrismo, de los modelos de análisis que utilizaron nociones cargadas de prejuicios raciales como el de raza, diferenciación biológica y genética, y que construyen un programa teórico-analítico que fundamenta sus formas elementales en términos de las representaciones imaginarias colectivas y su coherencia histórica en medio de múltiples expresiones, a saber, prejuicio, segregación, discriminación, ideología y violencia racial.

En este sentido, la obra constituye un parteaguas entre las teorías parciales que explican el racismo como fenómeno biológico y las que fundamentan el análisis desde el punto de vista histórico-social, con referencia exclusiva a la sociología de la acción. Dos hechos son los ejes articuladores de la propuesta sobre la extensión del racismo y de su

construcción como objeto de estudio: por un lado, los procesos de exclusión que alientan de manera abierta a millones de individuos de distintas nacionalidades y herencias culturales a emigrar a espacios industriales en busca de mejores oportunidades. El contacto que se establece con otros inmigrantes genera formas de lucha intercultural y que se expresan en actos de prohibición, segregación y diferenciación social. Estos actos, provocados por el contacto cultural de individuos de otras nacionalidades y grupos étnicos han provocado una gran radicalización de las relaciones sociales en la colectividad, a tal grado que se ha originado la acentuación de un particularismo que se expresa, por ejemplo, en la constitución de movimientos comunitarios para la defensa de sus derechos laborales, civiles, etc. Por el otro lado, el auge contemporáneo del racismo en Francia y en otras sociedades europeas "aparece indisociablemente unido a una notable mutación" del discurso de la modernidad, que hoy en día es incapaz de contener las contradicciones entre los valores particulares y los universales que proclama dicho proyecto. En su lugar reaparecen viejas concepciones que entienden la alteridad como una relación diametralmente opuesta desde la cual se puede cuestionar tanto la imagen totalizadora de la nación, como de reivindicar la particularidad cultural, histórica, étnica o religiosa de la identidad.

Así pues, en esta reseña, más que detallar la estructura conceptual que Michel Wieviorka propone para el análisis del racismo, quiero, a través de un breve esbozo de las partes constitutivas del libro, comentar algunos elementos centrales de la discusión sobre sus aportaciones en términos de la sociología de la acción y de lo que representa hoy el análisis de la acción colectiva, en relación con los problemas culturales y los obstáculos en torno a la radicalización de las cuestiones étnicas, religiosas, nacionales o regionales.

Una de las cuestiones con las que empieza su libro Michel Wieviorka, es algo que para algunos "científicos" representa o puede representar un "asalto a su razón": el hecho de que las ciencias sociales han contribuido ampliamente a la invención del racismo y a su formulación doctrinaria y erudita. Claro que, como dice el autor, no todos sus fundadores merecen el epíteto de racistas en el sentido en que lo entiende el autor. Esta idea, que es extraída de las concepciones del siglo XVIII, se constituyó como una verdad con demostración "racional" en modelos teórico-políticos que tanto Renan, Comte, Gustave Le Bon o Arthur de Gobineau propusieron para el análisis de la vida social y la historia, y que culminaron en una revaloración de la noción de raza como principio explicativo de la desigualdad y la diferencia entre los hombres. Este punto de partida, según Wieviorka, debe ser replanteado junto con otros enfoques de análisis como el de las relaciones entre razas o relaciones interétnicas, alentado por Weber y la escuela de Chicago, así como también la teoría del prejuicio y la personalidad de John Dollard, o los modelos de análisis que observan el racismo como ideología y como mito o reivindican la ideología del racismo.

Ahora bien, en este orden de ideas y partiendo de la observación sobre la insuficiencia de las categorías analíticas antes mencionadas, lo que no representa un desecho total, sobre todo del prejuicio, se procede a construir el esquema conceptual de las manifestaciones concretas del racismo, para poder ubicar hasta dónde se puede hablar de una cierta unidad del racismo y por ende, de la cuestión teórica.

Hay cuatro planos o niveles de racismo que pueden identificarse empíricamente. El primer plano es el del infraracismo, "fenómeno a la vez menor y aparentemente desarticulado [...] que se observa en la presencia de doctrinas, la difusión de prejuicios y de opiniones con frecuencia más xenófobos que propiamente racistas". En un segundo plano o nivel, el racismo "continúa siendo todavía fragmentado, aunque se muestra ya claramente más preciso o afirmado". En este nivel, la violencia, la segregación o la discriminación son más

evidentes, aunque todavía no existe la dirección hacia donde se perfilará esa gran masa aparentemente disgregada. El tercer plano se establece cuando el racismo se convierte en un principio de acción de fuerza política o parapolítica; entonces, el racismo se hace política, promoviendo debates, alentando manifestaciones, evocando imágenes y símbolos y creando todo un movimiento político que capitaliza las acciones raciales y los prejuicios, para inscribirlos en una cierta tradición ideológica que reclama medidas discriminatorias o un "proyecto de segregación racial". En el cuarto nivel, la ideología racial se convierte en un punto de referencia para la construcción de un Estado que, una vez instaurado como una verdad y el racismo como sistema, convierte al grupo dominante en uno cuya superioridad mantiene a los demás disgregados de tal manera que puede fincar un proceso de dominación a partir de las políticas y los programas de exclusión, destrucción o discriminación masiva.

En estos cuatro niveles o planos del racismo, es posible identificar dos lógicas de acción: la de la desigualdad y la de la diferencia. Estas lógicas distintas tratan de ubicar la intensidad, la presencia y la integración en el nivel empírico de las formas elementales; a saber, el prejuicio, la segregación, la discriminación y la violencia racial. Sin embargo, para que estos factores no se reduzcan a una descripción de las formas empíricas y de procesos conflictivos en que se expresa el racismo, es conveniente que sean referidos a un concepto articulador, el de la acción racista que tiene que ver con la subjetividad del actor y del contexto o campo de relaciones en que cobra presencia. Por tanto, la idea fundamental del autor en la tercera parte de su libro es exponer cómo el racismo se concreta en una forma de acción que se produce y reproduce en condiciones históricas concretas y que hace posible su aparición, extensión o evolución. El racismo, como un tipo de acción, con sus formas elementales, sus representaciones, sus conductas activas, sus expresiones políticas y sus modalidades de movilización, puede ser explicado a través de las dos lógicas en que opera, pero esto es algo que no necesariamente -dice Wieviorka- conlleva a una explicación de su origen y de la totalidad de las actitudes y expresiones racistas. Así pues, "¿será necesario añadir un tercer eje a los dos principales del análisis de la acción, bosquejar la imagen teórica de una nueva familia de conductas?" (p.180). Con esta pregunta, el autor abre un campo que muy escasamente algunos teóricos de la acción colectiva han penetrado y que es el de las condiciones culturales y políticas para que un movimiento social se difunda o se desarticule en términos de los obstáculos étnicos o religiosos, y cómo se conecta éste con los conflictos sociales de las identidades culturales o de los que devienen de la exclusión, discriminación o segregación. Una serie de interrogantes que plantea Michel Wieviorka sobre la acción racista, para el caso de la constitución del movimiento obrero francés, es qué tanto han pesado los factores regionales y las herencias culturales para que el movimiento se difunda; cómo la extensión del racismo se ha convertido en un factor de división entre los trabajadores, en un obstáculo para formar un proyecto político o, simplemente para organizar sus demandas en medio de una gran heterogeneidad de los actores. Aquí es donde el autor hace decisiva la idea de que el racismo debe verse como una forma de acción que imprime una fuente de debilidad y desestructuración al actor colectivo en términos de su lucha por recobrar el sentido social que queda anulado por el odio dirigido hacia el actor exterior. Esta negación de la acción y de toda relación social es algo que por ejemplo, en el caso de la formación del sindicalismo norteamericano operó como una fuente de lucha entre los negros y los blancos, y posteriormente entre los mismos negros y los sectores más marginados y excluidos de todo beneficio social. También está el caso del sindicato Solidarnosc, donde el racismo se convirtió en un freno a la construcción de una acción capaz de hablar en nombre de todos los trabajadores. En síntesis, todos estos casos pueden analizarse a la luz de una hipótesis general: "cuanto más se organiza una sociedad a partir de un conflicto propiamente social -llámese relación de clase o movimiento social-, más céntrico es el lugar que ocupa -alimentando la vida política y el funcionamiento del Estado, regulando los principales debates ideológicos y el compromiso

de los intelectuales- y más restringido es el espacio del racismo. Por el contrario, cuando más débil es el alcance de los conflictos sociales, menos sustentan éstos el sistema político y el Estado y más se amplía el espacio del racismo" (p. 183). Esta hipótesis sobre la pérdida de los referentes identitarios y de la función que adquiere el conflicto social como eje articulador de las relaciones sociales en las sociedades, tiene su correlato en el ascenso de lo étnico por sobre lo político y de la particularidad por sobre la universalidad. Una de las consideraciones que resultan de ello es qué tanto las sociedades están cambiando sus referentes bajo los cuales se edifican como comunidad, y cuáles son ahora los nuevos valores que fincan la construcción del orden social. Estas preguntas apuntan directamente a la organización de la colectividad y a la política, en la perspectiva de los proyectos históricos que van a rearticular este mundo multifacético, cada día más localista, diferencialista e individualista.

En conclusión, cuáles son hoy en día las posibilidades históricas de poder construir un proyecto societal que abarque todos los sectores de la sociedad y sus culturas; qué nuevos desafíos se presentan a nuestras sociedades en términos de una extensión cada vez mayor del racismo que, para el caso de sociedades latinoamericanas, se está volviendo decisivo e imprescindible para comprender el momento actual. Esto es pues, lo que nos invita a pensar la obra de Wieviorka.

CITAS:

[*] (1992) Editorial Paidós, Barcelona España. Esta reseña ha sido complementada con una serie de conferencias que impartió Michel Wieviorka en la UAM-I, en mayo de 1994, para apoyar un seminario que coordinaba la Dra. Alicia Castellanos sobre identidad y grupos minoritarios.

[**] Estudiante del doctorado en Ciencias Antropológicas de la UAM-Iztapalapa.